



Palomas sobre la imagen de Santa Catalina

centro de cría. “Es muy raro ver algún rincón donde aniden pichones”. Aún así, confirma que han estudiado cómo combatir el problema pidiendo consejo a una empresa especializada de La Solana. Pero cualquier iniciativa ha chocado con un muro infranqueable, el dinero. “Resultaba muy caro y no podíamos costear el tratamiento anti palomas”. Al final, el asunto quedó aparcado sine die.

Gregorio Díaz-Roncero: “Capturarlas no funciona”

En efecto, poderoso caballero es don dinero. Las batidas son a la larga inútiles y un tratamiento anti palomas exige una inversión, porque no es barato si se quiere hacer bien. El solanero Gregorio Díaz-Roncero es el comisionado para Castilla-La Mancha de la Asociación Nacional de Empresas de Control de Plagas (ANECPLA). Consultado por GACETA, no esconde que atacar la superpoblación de palomas en el casco urbano es costoso, pero cree que hay alternativas. “Sería suficiente con hacerlo poco a poco, mediante una actuación paulatina para minimizar los daños”.

Unas vecinas incómodas

Paqui Prieto tiene unas vecinas incómodas. No porque critiquen, ni chinchoreen, ni alcen la persiana para no perder ojo. Que va. Son vecinas que no hablan, pero se las oye. No critican, pero sí perjudican. Y mucho. Esas vecinas son palomas, miles de palomas que viven en una casa de al lado, lindando con la suya.

Sus excrementos suponen una seria molestia para ella y su familia. También para su casa. “Tengo los tejados llenos de palomina”. Es más, la corrosión ha llegado a cortar el cable del teléfono y a atascar alguna cañería. “El olor es tremendo cuando te arrimas a la ventana; sepa Dios lo que haya ahí adentro”.

GACETA ha podido certificar lo que nos dice Paqui. Y no hace falta pasar al interior de este inmueble abandonado para darse cuenta del enjambre de palomas que se multiplican en su interior. Basta con ver el viejo tejado, lleno de tejas quebradas y con múltiples huecos por donde las parvas se adentran en el interior. El problema de Paqui no es algo aislado, sino un ejemplo de lo que está sucediendo a otros muchos vecinos de La Solana.

Santa Catalina: palomas sí, nidos no

La iglesia de Santa Catalina es un viejo hogar para las palomas urbanas. Hace mucho que buscan recovecos para posarse y, si pueden, instalarse y anidar. Es habitual verlas sobre cualquier rincón del monumento, incluida la torre. La última restauración lo resolvió en gran parte mediante alambradas protectoras en sus múltiples ventanales y balcones para evitar su entrada, además de pinchos en las cornisas. Según el párroco, Benjamín Rey, las palomas ya no anidan en ningún punto del edificio. Asegura que ha quedado atrás esa subida de escaleras de la torre o las bóvedas repletas de palomina. Pero no oculta que es motivo de preocupación. “Es un tema serio, está claro” –dice-. En las hornacinas de los pórticos de Santa Catalina y Santiago vuelven a posarse las palomas y se van llenando de excrementos. El suelo de ambas entradas, por donde accede la gente al templo, continúa siendo un pequeño estercolero por esta razón.

Pero el responsable eclesiástico insiste en que Santa Catalina no es un



Excrementos en una acera de la plaza